

Profesor e investigador. Egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (1976). Obtuvo una Maestría en Historia Intelectual de Europa y Estados Unidos de América (Master of Arts, University Of the Pacific, Stockton, California, USA, 1984) y se graduó *Summa Cum Laude* de la Universidad Católica Andrés Bello como Doctor en Historia (1995).

Ha ejercido la docencia como profesor de Pregrado y Postgrado durante más de tres décadas. Desde 1976, se desempeñó como profesor en el Departamento de Geografía e Historia del Instituto Pedagógico de Caracas. En 1992 alcanzó el máximo escalafón académico: Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Jubilado por esta Universidad a partir del 1° de abril de 1999. Como Profesor Jubilado, ha sido contratado para los cursos de postgrado y tutorías de tesis en la *Maestría en Educación Mención Enseñanza de la Historia* del Instituto Pedagógico de Caracas y en el Doctorado de Historia de la UCAB.

Desde el 2005 trabaja en nuestra Casa de Estudio, adscrito al Dpto. de Didáctica/Humanidades. Desde allí, ha dictado las materias: «Historia Contemporánea de Venezuela», «Historia de las Ideas Políticas y Económicas de Venezuela», «Historia Universal» y «Comprensión de Venezuela».

Como incansable investigador, ha publicado diversos artículos sobre temas históricos y educativos en revistas especializadas. Autor de los libros: *Caudillos y Caudillismo en la Historia de Venezuela* (Caracas, 1979); *Vida y Obra del Ilustre Caraqueño Don Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 1994); *Venezuela Petrolera* (Caracas, 1998); *El Culto a los Héroes y la Formación de la Nación Venezolana 1830-1883* (Caracas, 1999); *El Pensamiento Político del Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 2001); *El Gobierno de Juan Vicente Gómez 1908-1914* (Caracas, 2001); *Daniel De León, teórico marxista del movimiento socialista y obrero-sindical estadounidense* (Caracas, 2002); *Feliciano Montenegro Colón* (Caracas, 2007).

Como autor o coautor ha escrito una amplia serie de dieciocho manuales escolares, algunos de ellos con varias versiones y sucesivas ediciones y reimpressiones (Caracas, 1973-2009). En esta edición especial de Cuadernos Unimetanos, el profesor Franceschi nos ofrece su obra *Tres Cuentos, Tres Generaciones y Un Solo Pueblo: Onoto* (Caracas, 1999). Este trabajo, nos explica el autor "reúne tres cuentos cuyo escenario es un solo pueblo. El compartir un mismo ámbito espacial —el pueblo de Onoto— aunque en tres tiempos que corresponden a tres generaciones diferentes representa el sencillo hilo conductor o puente entre las tres historias".



Pierre Guerin

Henri de la Rochejaquelein, 1817

Musee Municipal, Cholet

El abanderado del General Barreto

En la larga y polvorienta calle del pueblo, estaba la tropa esperando a que su jefe arreglara un asunto que parecía muy importante. El general Barreto, sin bajarse de su mula, le hablaba a un niño que estaba asomado en la ventana de una casa muy grande que ocupaba casi toda la manzana. Ésta era la residencia y el establecimiento comercial más importante del pueblo de Onoto.

El muchacho, nervioso y con la voz entrecortada, le recitaba al jefe una retahíla que apenas se escuchaba. Todos "paramos la oreja" cuando le dijo "*muy buenos días, General Barreto, mi papá no está en la casa en estos momentos, pues salió esta mañana para Valencia a verse con el médico...*" El general Barreto, sin esperar a que el niño terminara de dar el recado, le interrumpió con una carcajada y le dijo que lo felicitaba, pues lo habían preparado muy bien para representar el papel, pero que él estaba bien seguro que Don Pancho estaba allí detrás del postigo de la ventana. Y de inmediato gritó muy alto para que todo el mundo oyera, "*No tenga miedo Don Pancho, que no le vamos a saquear ni a pedir prestado, pues esta revolución es para acabar con el abuso y la tiranía*". Acto seguido, el bachiller-secretario que le acompañaba gritó "viva la revolución", "viva el General Barreto", "abajo la tiranía"; todo eso, mientras la esmirriada columna de hombres a caballo avanzaba calle arriba a tomar la Casa de Gobierno, ya desocupada por el Jefe Civil y los dos policías que habían decidido ir en busca de refuerzos al pueblo vecino.

Mientras la fuerza revolucionaria se desplazaba hacia la Casa de Gobierno, uno de los alzados batía contra el viento una gran bandera nacional. Lo hacía con sumo cuidado para no lastimarse una inmensa llaga que cubría su pierna derecha. La llaga se le veía horrible pues llevaba el pantalón enrollado hasta más arriba de la rodilla. Ese día fue realmente agitado en todo el pueblo, pues no solamente Don Pancho estuvo atareado escondiéndose del jefe de la revolución. Todo el que tuviese algo que perder, aunque fuese una buena gallina ponedora o un cochinito gordo, se había dedicado a guardarlo muy bien donde no pudieran encontrarlo; no fuera a ser que los "revolucionarios" lo exigieran como contribución o impuesto de guerra.

Don Pancho, aunque "musiú" de origen, ya estaba lo suficientemente aclimatado al país para saber qué hacer cada vez que se rompía el "hilo constitucional". Decía jocosamente que

se consideraba un buen sastre por conocer tanto de ese tipo de costura. Tomaba precauciones tales como guardar sus monedas de oro - las muy preciadas "morocotas"- en una lata grande que hacía soldar herméticamente con estaño derretido. Y para poder sacarla después, le hacía poner a la "lata-alcancía" una gran argolla de grueso alambre antes de lanzarla al fondo del aljibe o pozo de agua potable que estaba en el patio interior de la casa. Después de pasar el peligro, al igual que Don Pancho y otros "musiues" que sacaban de los aljibes sus latas llenas de monedas, podía verse a todos los vecinos sacando a sus animalitos y otras pertenencias de los escondites. Otros, más desconfiados aún, decidían matar su cochino de una vez para comer chicharrón y guardar la manteca en lugar seguro, no fuera cosa que la "Barretera" regresara derrotada buscando a qué echarle diente sin pagar.

Días después de haber pasado los sublevados y haber asustado de esa manera a Don Pancho y a todo el pueblo, se supo que los alzados ya habían sido derrotados y dispersados en la montaña donde nace el río que pasa por el pueblo de Onoto. Pero lo más triste que Don Pancho supo después, fue que el Jefe de la partida armada había sido "macheteado" y murió desangrado mientras lo llevaban acostado en una hamaca hacia Valencia.

También hubo noticias por esos días que muchos oficiales barreteros, encabezados por el Bachiller Mirabal, el secretario, habían sido llevados como prisioneros al temible << Castillo de Puerto Cabello >>. Pasada ya una semana, musió Francisco o Don Pancho, como más le gustaba que lo llamaran, estaba sentado, como era su costumbre, en una gran silla mecedora en la puerta principal de su residencia, desde la cual controlaba todo el movimiento de su casa de familia y del negocio. Éste lo formaba una gran panadería, una tienda donde se vendía todo tipo de mercaderías y también un depósito donde se almacenaba el café cosechado en la región. Allí, en el gran portón de dura madera, que había hecho forrar con gruesa hojalata remachada para que no se lo quemaran los revolucionarios saqueadores, Don Pancho conversaba animadamente con un agente viajero recién llegado de Valencia y le contaba los últimos acontecimientos. En eso estaba, cuando de pronto saltó de su cómodo asiento ante la visión de una persona que venía calle abajo. Quien venía no era otro que el mismísimo abanderado del grupo revolucionario que los había atacado poco antes.

El pobre hombre venía cojeando, muy sucio, con la ropa hecha harapos; y por supuesto, sin su gran bandera nacional, pero aún con el pantalón enrollado y su inmensa llaga al aire. Al hombre se le notaba desde lejos que había caminado muchos días, tal vez sin probar bocado.

Don Pancho lo llamó e invitó a pasar a descansar en su casa. Una vez adentro, ordenó a los sirvientes que lo llevaran a bañarse y le dieran una muda de ropa limpia y unas alpargatas nuevas tomadas de la propia tienda. Asimismo, dio instrucciones para que se le sirviera comida y le prepararan un lugar donde dormir esa noche. El agente viajero que presenciaba todo aquello se atrevió a preguntarle a Don Pancho el porqué de esa hospitalidad para con un humilde abanderado llagoso de una *revolucioncita* derrotada.

Don Pancho sonrió y le dijo con voz queda: No crea que no sé que me comprometo a verme enredado en chismes y a ser acusado de enemigo del gobierno; sin embargo, a este hombre con su horrible llaga y ese "San Benito" de haber sido el abanderado de esta última quijotada del General Barreto, yo le debo la vida. Y diciendo esto, se quedó en profundo silencio.

De inmediato todos fueron llamados a cenar, y como ya era costumbre, el agente viajero fue también invitado a compartir la mesa junto con toda la familia del dueño de la casa.

Durante toda la comida, el invitado no se atrevió a tocar el tema del fugitivo hospedado desde esa tarde. Pero ya después de haberse tomado varias copas de buen vino francés, se animó de nuevo a buscarle la lengua a su amable anfitrión y paisano (o a "*jurungarle*" la sin hueso como decían en Onoto). Don Pancho, que disfrutaba mucho de esas conversaciones de sobremesa, se puso a recordar otro viejo incidente relacionado con una de esas "revoluciones" locales. Contó que hacía ya varios años, estando en Puerto Cabello en viaje de negocios, se le ocurrió hacerle una visita a un preso que estaba recluido en uno de los calabozos del tenebroso Castillo. Aprovechando la ocasión, preparó una gran bolsa con muchas cosas adquiridas en

un almacén porteño. Entre otros obsequios le llevaba varias mudas de ropa nueva, una buena cobija, jabón, velas, varios paquetes de tabaco, un gran queso amarillo holandés, una botella de aguardiente, y además, le llevó varios panes elaborados en su propia panadería.

Una vez que Don Pancho enumeró sus obsequios para el preso pasó a relatar lo más curioso de la anécdota: Cuando entró al oscuro y maloliente calabozo, de inmediato se puso de pie un hombre barbudo y cubierto de ropas sucias y andrajosas que lo miró con ojos de miedo y asombro; pero apenas el inesperado visitante le recordó quien era y le entregó sus obsequios, el preso se puso de rodillas a llorar, dándole las gracias y, al mismo tiempo, suplicándole el perdón por todo lo que le había hecho en el pasado.

Demás está decir - dijo el musíu - que el Jefe del Castillo que lo acompañaba se sorprendió al conocer el porqué ese preso reaccionaba de esa manera. Para que comprendiera su gesto tuvo que contarle que el preso suplicante de ahora no era ningún viejo amigo (como él, equivocadamente había supuesto); más bien, él era el temible jefe guerrillero Juan de Dios Ramos que años atrás lo había obligado a caminar amarrado, descalzo y bajo amenaza de muerte. Al escuchar esa historia, sus contertulios sólo atinaron a sonreír mientras pensaban en esa muy peculiar "venganza" de Don Pancho, esto es, siendo exageradamente generoso con quien le había hecho mucho daño en el pasado.

Después de oír esas confidencias que pocos conocían, el visitante agente viajero volver a preguntarle a Don Pancho sobre lo ocurrido con el llagoso derrotado.

Musiú Francisco accedió a contarle la razón de su agradecimiento hacia él. Nuevamente, los presentes eran "todo oídos" cuando el anfitrión reinició su relato. Contó que estando él recién llegado de Europa y operando una pequeña panadería y casa de comercio, llegó una partida armada al pueblo, cuyo jefe (que no era otro que Juan de Dios Ramos) pretendía que los comerciantes del lugar le "prestaran" una gruesa suma de dinero.

Desde un principio él se negó de plano a entregarla y por ese motivo fue apresado y llevado a la cercana montaña para ser "fusilado". Diciendo esto, Don Pancho dijo sin inmutarse que lo del "fusilamiento" no le preocupó en absoluto, pues sabía de antemano que no iban a cumplir con esa amenaza. El problema más grave fue, en cambio, que esos desalmados lo hicieron caminar sin zapatos sobre aquellos caminos llenos de afiladas piedras, lo cual si era una verdadera tortura.

Pues bien, agregó el narrador, llegando a la orilla del gran río de la montaña, y ya con los pies destrozados, gritó a sus *captos* que, si de todas maneras lo iban a fusilar, lo hicieran de inmediato, pues no estaba dispuesto a continuar la marcha y mucho menos a cruzar, enfermo como estaba, ese río de frías aguas que bajaba de la montaña. Muy serio, Don Pancho recordaba que, cuando les dijo eso, en verdad estaba dispuesto a negarse a caminar más, pues sus pies ya sangraban, y a esperar que lo mataran de una vez.

Fue entonces, cuando un hombre que acompañaba a sus *captos* y que le impresionó mucho por tener una pierna cubierta de asquerosas llagas, le dijo: "Don Pancho, si usted me lo permite, yo lo paso cargado."

Y agregó el *musíu*, no solamente me pasó a través de las frías aguas y fuerte corriente del río sino que me llevó cargado hasta el sitio donde decidieron liberarme y finalmente darme una bestia para regresar a mi casa. Todos nos fuimos a dormir convencidos que musíu Francisco pagaba de esa manera el favor recibido años atrás. Sin embargo, había algo más que el pago de esa deuda de gratitud en el gesto del ahora rico comerciante.

Cuando en la mañana el hombre de la llaga se disponía a partir montado en un buen caballo y con ropas, alimentos y dinero suministrados por Don Pancho, éste le dijo, a manera de despedida: Mire amigo, ¿Y dónde se le quedó la bandera que cargaba? El hombre de la pierna llagada le respondió: "La usé para cubrir el cuerpo moribundo del General Barreto".

Cuando ya el llagoso iba calle abajo, Don Pancho le gritó: "Hizo usted muy bien, mi compadre no merecía menos". Al oír eso, todos nos quedamos en silencio viendo como se alejaba el viejo abanderado con su pantalón enrollado y su llaga al aire.